

Que un hombre mal educado es tan inhábil para los negocios como para el trato con gente fina.

En tal virtud te ruego, mi amado hijo, que durante la mitad del día por lo menos, las buenas maneras sean el objeto de tu estudio y de tus acciones. Observa cuidadosamente los modales de aquellos que se distinguen por su buena crianza; imítalos, y aun trata de aventajarlos para llegar á lo menos, al mismo nivel. Convéncete de que las buenas maneras son, por lo que hace á las prendas morales, lo que la caridad respecto de todas las virtudes cristianas; observa cómo hermosean al mérito y con qué frecuencia sirven de velo cuando aquél falta.; Quiera el cielo que tú las poseas como un ornato que realce tu verdadero mérito! Á Dios.

LONDRES, 14 de Noviembre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Hay cierta urbanidad natural que salta á los ojos de la simple razón, y que todo hombre de buena índole pone en práctica. Esta urbanidad es universal, independiente de la moda, y consiste en los esfuerzos que hacemos para complacer á nuestros semejantes, prestándoles toda clase de servicios, sin desviarnos de las sendas de la moral. Un salvaje americano de buena índole, practicará este deber con la misma naturalidad que el europeo mejor educado; mas en este caso no llevo yo la complacencia hasta el grado de sacrificar las comodidades propias en obsequio de las ajenas. La utilidad es la que introdujo esta segunda especie de urbanidad, como introdujo el comercio, y estableció el cambio de los pequeños recreos de la vida. Yo sacrifico tal comodidad en tu beneficio; tú sacrificas otra en el mío; este comercio circula, y al fin todo el mundo gana. La tercera especie de urbanidad es local, y cambia de formas, no sólo según los diferentes países, sino también según las diferentes ciudades de un mismo país. Se funda, sin embargo, en las dos primeras, que vienen á ser la materia, y en este caso recibe diferentes formas é impresiones por sólo el imperio de la moda y de la costumbre. Cualquiera que posea las dos primeras, adquirirá fácilmente esta tercera, que depende sólo del cuidado y de la observación, y que es propiamente el pulido, el lustre y la última mano de las buenas maneras. Encuéntrase únicamente en las capitales, y aun en ellas se mira sujeta á variaciones. La

urbanidad de Roma difiere en algo de la de París; la de París no es en todo conforme con la de Madrid; y la de Madrid varía en mucho de la de Londres; de modo que un hombre de juicio atiende con cuidado á la urbanidad local de los diversos lugares en que se halla, y sigue las huellas de las personas que en su opinión presiden y dan el tono en las buenas compañías: observa de qué manera se dirigen á sus superiores, cómo se acercan á sus iguales, y bajo qué pie tratan á sus inferiores: no deja escapar ninguna de aquellas delicadezas cuyo efecto en la urbanidad, es parecido al que producen en una buena pintura los últimos toques del pincel, los cuales se escapan á los ojos del vulgo, pero sirven á los inteligentes para descubrir al grande artista: atiende aun al aire, á los vestidos y á los movimientos, é imita todas estas cosas con soltura y desembarazo; copia, pero no remeda. Estas gracias personales son de grandísima importancia: previenen las voluntades antes que el juicio decida sobre el mérito: cautivan el corazón, y creo que ellas dieron origen á las ideas extravagantes de filtros y encantos. Sus efectos fueron tan sorprendentes que se consideraron como sobrenaturales. Los hombres más agradables y mejor educados, y las mujeres más bellas y graciosas, son por lo regular los que dan más bebedizos, y esto sin que el diablo se mezele en lo más mínimo. Ten por lo tanto cuidado de que tus vestidos no sólo sean buenos, sino de ponértelos convenientemente; procura que tu ropa luzca; no sobrecargándola de oro y plata (a), sino llevándola conforme á la moda de mejor gusto. Las

(a) Esta cargazón de piedras y colorines es bonitamente criticada por Casti en su gracioso poema, cuando describe el traje de los nobles animales que iban en la comitiva el día que se coronó el rey León. Hablando del Toro dice:

.....
 Pero en el Mayoral brillando el oro,
 Más se distingue; quiero hablar del Toro.
 Nácares conchas de sus cuernos penden,
 Y relumbrantes gotas purpurinas,
 Que las cavernas frías desprenden,
 Y gélidas después son cristalinas.
 Lanzando va del sol al resplandor,
 Reverberos de trémulo esplendor.
 Y así como el adorno y no el cultivo
 Es de los animales la pasión,
 Del ignorante Toro el distintivo
 Las piedras raras y los dijes son:

mujeres miran con agrado estos pequeños cuidados, y los exigen y consideran como cumplimientos que le son debidos; pero por otro lado, si tu porte y movimientos no son galantes, graciosos y naturales, tus primorosos vestidos servirán únicamente para patentizar más tu torpeza; mas no es posible suponer que seas todavía torpe, y es seguro que á esta hora haces una figura muy regular en las buenas compañías. Cuando partiste de aquí no eras lerdo naturalmente; tu torpeza era accidental y propia de colegio. Tengo recelos de que Lipsia no es el asiento de las gracias, y presumo no adquirirías allí ningunas; pero si ahora quieres atender á lo que hacen las gentes de primera distinción con sus brazos y sus piernas, sus cuerpos y sus cabezas, podrás sujetar los tuyos á ciertas reglas de movimientos decentes. Cuando estabas aquí, bailabas regularmente, y sin duda que sabrás hacerlo muy bien antes de regresar, porque siempre debe uno hallarse en estado de desempeñar con perfección, todo lo que á veces tiene necesidad de hacer: además, el baile airoso y decente comunica brillo á un joven, y tú debes esmerarte en lucir. Un aire reposado, y un mérito exento de toda imperfección no convienen á tu edad: debes ser despejado, diestro, vivo: las gentes deben solicitarte, hablar de ti, esperarte con impaciencia, y verte partir con sentimiento. Muy grato sería para mí, oír decir á media docena de mujeres de condición: *¿Qué se ha hecho Stanhope? ¿Por qué no viene! Debemos confesar que es muy amable.* En todo esto no miro yo á las mujeres como objeto principal, sino que pienso en los hombres, y en la necesidad de que adquieras importancia y seas querido; porque excepto ciertos cambios ligeros, las mismas cosas que agradan á las mujeres, agradan también á los hombres; y un hombre cuyas maneras han sido suavizadas y pulidas por el trato continuo con mujeres elegantes, y á quien ellas han acostumbrado á las deferencias y á las atenciones, tendrá menos dificultad para agradar á los hombres y atraerlos á su partido, que sirviéndose de otros medios. Tú debes conocer que no es posible que te eleves en el mundo sin contraer amistades, y sin empeñar diferentes caracteres en la consecución de tus miras. Es necesario que los sujetes sin que ellos lo noten, y que les dictes lo que te tiene cuenta al tiempo mismo de aparentar que eres dirigido por ellos. Estas amistades indispensables

Ambulante paréceme museo
De historia natural cuando le veo.

Tr.

sólo pueden adquirirse y mantenerse, por medio de una serie no interrumpida de deferencias, de atenciones, de cortesías y de cierto grado de sujeción propia. Si quieres obtener el apoyo de los corazones, es necesario que los ganes; debes espiar los *mollia tempora*, y cautivar á las gentes con los encantos de tu trato y de tu conversación. Los hombres no acudirán á tu servicio precisamente á la hora misma que los necesitas; y si esperas socorro de su poder ó de su influencia, debes procurarles ventajas ó placer. Á Dios.

LONDRES, 21 de Noviembre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

La urbanidad fué asunto que ocupó mi última carta, pero creo que más bien te representé las desventajas de la mala crianza, que la utilidad y necesidad de la buena, de suerte que mis argumentos fueron más bien negativos que positivos. Hoy trataré de probar que tú, más que ningún otro, te hallas en la necesidad, no sólo de ser bien criado en toda la extensión de la palabra, sino también de brillar y distinguirse por tu comedimiento y tus buenas maneras. Considera tu situación en todas las circunstancias de tu vida futura, y mira si realmente te tiene cuenta mostrarte comedido y cortés con los otros, á fin de que ellos lo sean contigo; y éste, puedo asegurártelo, es el único medio de conseguirlo; porque los hombres pagan siempre, y con usura, el descuido con el descuido, el desdén con el desdén, y los malos proceder con otros peores, lo cual podría enredarte en negocios muy desagradables. En segundo lugar, tu profesión, más que ninguna otra, requiere una educación de lo más fina y sobresaliente. Manejarás los negocios con muy poco suceso, si previamente no te concilias y granjeas, con tus buenos modales, la benevolencia de las personas con quienes tuvieres que tratar, ¿Podrás alcanzar alguna vez la confianza y los secretos de las cortes en que te aconteciere residir, si careces de insinuación, de amabilidad, y de todas las demás prendas que sólo pueden producir aquel fin? Á fe mía, no creo avanzar mucho asegurándote, que una urbanidad sobresaliente, y unos modales exquisitos, componen por lo menos la mitad de los talentos que debes adquirir. Tu saber tendrá poca influencia sobre el alma, si tus maneras preocupan el corazón en tu contra; mas por otro lado, ¡cuán fácil no te será *sorprender* al

entendimiento si de antemano sabes ganar el corazón! y hay corazones que no se dejan ganar por otro medio que el de las atenciones más usuales y comunes. Corresponder un saludo á quien te lo dirige, contestar á quien te habla, y no decir cosas ofensivas á ninguno, son cosas tan simples de la buena crianza, que equivalen á mostrar que uno no es un bruto; del mismo modo que sería un pobre elogio del aseo de un hombre el decirle que no apesta. La amistad y el aprecio de los hombres, así como el agrado y el afecto de las mujeres, se ganan por medio de una urbanidad activa y oficiosa, seductora y placentera. Debes observar con sumo cuidado sus pasiones, sus gustos, sus pequeños caprichos, sus debilidades, y abrirles paso; pero es esencial que hagas todo esto con diligencia y buen humor, y no como si te prestases por condescendencia á complacer sus debilidades.

Por ejemplo: supongamos que hayas invitado á algunos amigos á comer ó cenar contigo: mira en este caso, si te acuerdas que les guste algún manjar favorito, y manda prepararlo diciéndoles después: *en tal lugar me pareció que preferían Vds. este plato, y por eso mandé disponerlo: este es el vino que, si no me engaño, gustó á Vds. más, y en tal concepto previne que no nos faltase.* Mientras más insignificantes fueren estas cosas, más claramente probarán tu atención á las personas, y por consiguiente, te conciliarán más su amistad. Consulta tu propio pecho, y recuerda hasta qué punto las atenciones de los otros, lisonjean aquel grado de vanidad y de amor propio de que ningún hombre se halla exento. Reflexiona hasta qué grado te inclinan hacia aquellas personas, y cuán dispuesto te hallas después á recibir favorablemente lo que viene de su parte. Las mismas cosas producirán iguales efectos en tu favor. Las mujeres son, en mucha parte, las que establecen ó destruyen la reputación de cada hombre por lo que hace á sus finos modales; y así debes inundarlas, por decirlo así, de miramientos; están acostumbradas á ellos, los esperan, y en justicia debe decirse que rara vez dejan de corresponderlos. Debes ser servicial, aun cuando te excedas un poco, y cuidar de procurarles sus coches, sus asientos y sus comodidades en los lugares públicos; no ver lo que no debas ver, y antes bien asistirles en cosas que no puedas dejar de ver. Las oportunidades de atestiguar estas atenciones se presentan por sí mismas á cada paso; pero si no se ofrecieren, hazlas nacer. Ovidio aconseja al amante, cuando se halla en el circo al lado de su querida, que le sacuda el polvo del cuello, y que lo sacuda aun cuando no lo

hubiere: *Si nullus, tamen excute nullum.* Que tu conversación con las mujeres sea en toda ocasión respetuosa, pero al mismo tiempo jovial, y asestada siempre á su vanidad. Todo cuanto digas ó hagas debe convencerlas, aun cuando no hubiere tal, de la consideración que tienes por su hermosura, por su entendimiento ó por su mérito. Quizá los hombres tienen tanta vanidad como las mujeres, aunque de distinta especie; y tanto el arte como la urbanidad requieren que en vez de mortificar esta vanidad, la lisonjees y complazcas con palabras ó miradas de aprobación. Supongamos, lo que no es difícil, que á tu regreso á Inglaterra lograse yo colocarte cerca de alguna persona de la familia real; en esta situación, el comedimiento y las maneras insinuantes, con todas las gracias que moran en las cortes, harían probablemente de ti un favorito, y de un favorito un ministro; mas todo el saber y los conocimientos del mundo, sin estas brillantes cualidades, no lo conseguirían. La penetración de los príncipes va rara vez más allá de la superficie; el exterior decide siempre su corazón, y nunca te aconsejaría yo que te molestases mucho por el lado de su entendimiento. Los príncipes en general, nacidos y educados en la púrpura, se hallan con corta diferencia en la misma línea que las mujeres, educados como ellas, y deben ser tratados y ganados de la misma manera. Ellos ven todo, pero rara vez pesan. Tu lustre y no tu solidez les hará impresión, y tu mérito interior sostendrá y fortificará después lo que hubieres ganado por tu exterior. Para las gentes débiles, que sin disputa componen las tres cuartas partes del género humano, la buena crianza, la destreza y los modales es el todo, porque rara vez penetran á mayor profundidad; pero puedo asegurarte que estas cualidades tienen también mucho peso cerca de personas del más claro entendimiento. Cuando los ojos no son seducidos ni el corazón lisonjeado, el alma se halla dispuesta á resistir. Sea esto malo ó bueno, yo confieso que tal es mi temperamento. Las gentes torpes, simples y mal criadas me repugnan hasta tal punto, que luego que las encuentro siento que mi corazón no se halla dispuesto á informarse de su mérito intrínseco. Inmediatamente concluyo con que no tienen ninguno (a), y aun dudo si no sen-

(a) Hay sin embargo, gentes de aire simple de las que sería aventurado pensar que carecen de mérito. Pruébalo el ejemplo siguiente:

Un obispo mostraba desprecio á un pobre cura que él consideraba como ignorante por su aire simple. Estoy persuadido, le dijo un día, que

tiría convencerme de lo contrario. Mi imaginación se figura á menudo que te descubre aunque á tanta *lontananza*; y mientras te miro resplandeciente despidiendo los rayos de la erudición antigua y moderna, y de otros talentos útiles y recomendables, me encanta la perspectiva; pero cuando te contemplo bajo otra luz, y me figuro verte torpe, desabrido y sin gracia, con el aire y las maneras vulgares, viniendo hacia mí con negligencia, *distraído*, y sin saber en dónde te hallas, no me es posible describir lo que siento; pero haré lo que un hábil pintor de la antigüedad: echaré un velo para cubrir el rostro del padre.

Me atrevo á decir que tus conocimientos arquitectónicos son tales á esta hora, que no ignoras que el orden toscano es el más sólido, pero al mismo tiempo el más pesado y grosero. Su solidez es buena para afianzar los cimientos y sostener el primer piso de un gran edificio; mas si toda la fábrica es del orden toscano, no atraerá los ojos, no fijará la atención de los transeuntes ni convidará á verlo por dentro; todos se persuadirán de que su interior no merece visitarse, cuando la fachada es tan tosca y llana. Pero si sobre una ringlera de columnas toscanas, se ven elevar gradualmente los órdenes dórico, jónico y corintio con todas sus bellezas, sus proporciones y sus ornatos, la hermosa disposición del edificio fija los ojos menos curiosos, y detiene al pasajero más indiferente que solicita como un favor, y aun paga á veces, el permiso de examinarlo por dentro. Este es precisamente el caso con tu pequeño edificio, que temo tenga más del orden toscano que del corintio. Es absolutamente necesario que cambies todo el frontispicio, porque de otra manera nadie se acercará á tocar la puerta. Las principales piezas que deben componer este nuevo frontispicio son: una urbanidad elegante, flexible, natural y distinguida: gracia en los movimientos, insinuación y dulzura en tus miradas, palabras y acciones; viveza, despejo, aliño, finalmente, todo el esplendor adecuado á un joven de condición.

Estoy seguro de que eres capaz de hacer mucho por amor á

ignora Vd. los primeros rudimentos del catecismo. Vamos, ¿cuántos son los pecados capitales? Ocho, respondió el cura. No me engañé, replicó el prelado, en la opinión que he formado de Vd. ¿Quién fué el obispo ignorante que hizo á Vd. clérigo, y cuáles son esos ocho pecados capitales? V. S. Ilustrísima, respondió el cura, es quien me confirió las órdenes; y por lo que hace á los pecados capitales, además de los siete que todo el mundo conoce, debe agregarse un octavo que es el desprecio que se atestigua á los clérigos pobres. Tr.

mí; y así, considera qué embarazo, qué pesadumbre resentiría yo, si á tu regreso no me atreviese á encomendarte los obsequios y cumplidos de mi casa y mesa, y si tuviese que avergonzarme de presentarte á las personas que frecuentan una y otra. Si fueses todavía torpe, negligente y *distraído*, y diese el caso que te encontrases en mi mesa con M. L^{***}, las consecuencias de este encuentro podrían ser fatales: las cabezas de ambos se chocarían una contra otra; habría, en vez de viandas picadas, dedos cortados por ambas partes, ó quizá muerte, como ya ha sucedido por querer tragar la sopa hirviendo.

Es tan copiosa esta materia, que tómesese ó no por el lado serio, nunca puede agotarse. Imposible es detallarte todos los casos que puede ofrecer la cuestión de la buena crianza, porque son infinitos, y no hay situación ni parentesco en el mundo, tan remoto ó tan íntimo, que no requiera esta cualidad en distinto grado. Tu buen sentido te indicará estos casos, tu buena índole te los recomendará, y tu propio interés te estimulará á practicarlos; después de lo cual, la observación y la experiencia te darán el tono, el aire y las gracias que coronan la obra.

Dudo que esta carta llegue á tus manos antes de tu arribo á Roma. Me prometo cosas muy buenas de toda especie de tu morada allí durante seis meses. Todas mis esperanzas sobre tus estudios matinales, las fundo en M. Harte y en los maestros que tuviere á bien darte; por lo que hace al lustre de tu persona cuento mucho con las damas romanas que visitarás por las tardes. Debo prevenirte que las damas romanas no son *les femmes savantes* de Molière, y que no te abrazarán por afición al griego. Lo que les gusta es *il garbato, il leggiadro, il disinvolto, il lusinghiero, quel non só che, che piace, che allea, che incanta*.

He sostenido con frecuencia que la erudición más profunda, de ningún modo es incompatible con las maneras más pulidas, bien que ambas cualidades se vean rara vez juntas; y me he comprometido á presentarte como prueba de este aserto; mas si vinieres justificando lo contrario, el sentimiento y la confusión caerán sobre mí, pero tú sólo saldrás perdiendo. Lord Bolingbroke es ya una fuerte prueba en mi favor, porque une á la erudición más profunda, la buena crianza y las maneras más elegantes que puedan adornar á cualquiera cortesano; M. Pope tenía razón de llamarle *el hombre cabal*. Ciertamente es que ha tenido sus defectos procedentes de una ambición sin límites y del impetu de sus pasiones; pero ambas cosas han calmado con la edad y la experiencia, y no de-

searía yo más sino que fueses lo que él es actualmente, sin pasar por lo que fué: su afabilidad previene en su favor, su elocuencia persuade y sus conocimientos instruyen á todos los que le tratan. En resumidas cuentas, deseo y reclamo que desde que te sentares á almorzar, hasta que fueres á dormir, dediques toda tu atención á la buena crianza y á tu manejo en el mundo. Sin esto nunca serás nada; con ello podrás ser lo que quisieres.

LONDRES, 24 de Noviembre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Doy por supuesto que todo ser racional se propone un objeto más importante que el de respirar y vegetar obscuramente como el resto de los animales: su deseo es distinguirse entre sus semejantes; y, *alicui negotio intentus, præclari facinoris, aut artis bonæ, faman querit* (a). César, embarcándose un día durante una tempestad, dijo que no era necesario que él viviese, pero que era absolutamente indispensable que llegase al lugar adonde quería ir. Plinio deja á los hombres esta sola alternativa: ó hacer cosas dignas de ser escritas, ó escribir cosas dignas de ser leídas. En cuanto á aquellos que no hacen uno ni otro: *eorum vitam mortemque justa existimo, quoniam de utraque siletur* (b). Estoy convencido de que tú pones la mira en uno ó bien en ambos de estos objetos, pero es necesario que conozcas y practiques los medios indispensables para lograr tu fin, porque de otro modo tus esfuerzos serían vanos. En ambos casos *sapere est principium et fons*; pero de ninguna manera basta esto: aquel saber há menester adorno, y que su brillo sea igual á su solidez, porque de otro modo se le tomará más á menudo por plomo que por oro. Conocimientos ya tienes, y con el tiempo adquirirás más, de manera que no es esto lo que me inquieta; pero como amigo tuyo, mi deber no es complimentarte por lo que ya posees, sino manifestarte ingenuamente lo que te falta, y te confieso que excepto conocimientos, temo que carezcas de todo lo demás.

(a) El que atiende con cuidado á lo que hace, ambiciona la gloria de una bella acción ó de algún arte útil.

(b) No me intereso en su vida ni en su muerte, porque ni de una ni de otra se habla.

Tr.

De poco tiempo á esta parte te he escrito tanto sobre la buena crianza, el comedimiento, las maneras afables y las gracias, que pienso dedicar esta carta á una materia muy relacionada con estas cosas, y que estoy seguro te falta casi enteramente. Me refiero al estilo.

El ropaje de los pensamientos es el estilo: si el tuyo es llano, grosero y vulgar, tus pensamientos, por exactos que sean, parecerán muy desventajosos y serán tan mal recibidos como lo sería tu persona, por bella que fuese, si se hallase revestida de andrajos y harapos sucios. No es dado á todos los entendimientos poder juzgar de la substancia; pero no hay oído que no pueda juzgar y que no juzgue en efecto más ó menos sobre el estilo. Si tuviese yo que perorar ó que escribir para el público, preferiría un asunto sencillo, adornado con todas las gracias y bellezas del estilo, á la más rica materia, mal tratada y recitada desagradablemente. Tus quehaceres consistirán en negociaciones en el extranjero, y en discursos en la cámara de los comunes. ¿Qué figura harías en uno ú otro caso, si tu estilo fuese incorrecto por no decir insoponible? Suponte que tu empleo te obliga á escribir á un secretario de estado una carta oficial que será leída por todo el consejo de ministros, y quizá presentada después al parlamento. Cualesquiera barbarismos, solecismos ó términos vulgares que hubiese en ella, circularían en muy poco tiempo por todo el reino, y derramarían sobre ti el ridículo y la confusión. Por ejemplo: figurémosnos que has escrito desde La Haya la siguiente nota al secretario de estado en Londres; dejo á tu consideración cuáles podrían ser los resultados.

Milord,

Tuve ayer noche el honor de recibir el pliego de V. E. del 24, y voy á ponerme á ejecutar las órdenes contenidas en el dicho, y si fuere de manera que no pudiere terminar el negocio para el próximo correo, no faltaré por lo mismo á informar á V. E. por el próximo correo. He dicho al ministro francés de cómo si este negocio no se termina pronto, V. E. podría pensar que la remolonería es toda suya, y que habrá flojeado para la información á su corte sobre el particular. V. E. me permitirá recordarle de cómo tres trimestres se me deben, y si sucediere que no recibiere yo pronto, á lo menos medio año de mis sueldos, haría una figura muy triste, porque aquí este lugar es carísimo. Seré enormemente deudor á V. E.

T. I.

24

por la ya expresada muestra de su favor; así *me repito ó quedo* de V. E., etc. (a).

Dirás quizá, que esta carta no es más que una caricatura de un estilo vulgar y sin elegancia; enhorabuena, pero al mismo tiempo te aseguro que una carta en que hubiese menos de la mitad de las faltas que he subrayado en ésta, te arruinaría para siempre. No basta sólo hablar ó escribir sin faltas, es necesario hacerlo correcta y elegantemente. En faltas de esta especie, *ille non est optimus qui minimus urgetur* (b); basta que cometas una sola para que seas imperdonable, porque en tu mano está evitarla atendiendo é imitando á los mejores autores.

Con razón se dice que el poeta nace y el orador se hace. El primer deber de un orador es hablar su propio idioma con la mayor pureza y elegancia. Fácilmente se perdonan á un hombre faltas considerables cuando habla una lengua extranjera, pero el menor desbarro en la suya propia, es motivo justo para que se le critique y ridiculice.

Va para dos años que un miembro de la cámara de los comunes, al hablar de nuestra marina, aseguró que teníamos los mejores buques *que se hallasen sobre la superficie de la tierra*. Esta linda mezcla de vulgaridad y de despropósito, sirvió, como fácilmente concebirás, de irrisión á la asamblea; pero puedo asegurarte que todavía no se ha borrado la memoria de esta

(a) Hemos tratado de vertir lo más literalmente posible al castellano, las faltas que el autor diseminó á propósito en esta carta. Copiamos en seguida el texto original para los curiosos lectores que conocieren el idioma inglés.

My Lord,

I had, last night, the honour of your lordship's letter of the 24th, and will set about doing the orders contained therein; and if so be that I can get that affair done by the next post, I will not fail for to give your lordship an account of it by next post. I have told the French minister, *has how thait if* that affair be not soon concluded, your lordship would think it *al llong of him*; and that he must have neglected for to have wrote to his court about it. I must beg leave to put your lordship in mind, *as how*, that I am now full three quarters in arrear: and if so be that I do not very soon receive at least one half-year, I shall cut a very bad figure; for *this here* place is very dear. I shall be vastly beholden to your lordship for that *ihere* mark of your favour; and so I *reste or remain*. Yours, etc.

(b) No luce el que las comete más pequeñas.

frase, que será repetida mientras viva el que la pronunció (a).

Tienes en tu poder tres ó cuatro de los mejores autores ingleses: Dryden, Atterbury y Swift; léelos con el mayor cuidado atendiendo particularmente á su estilo; quizá te corregirás de esa *curiosa infelicidad de dicción* que adquiriste en el seminario de Westminster. Exceptuando á M. Harte, estoy seguro de que has encontrado en tus viajes muy pocos ingleses que puedan formar tu estilo; y muchísimos, me atrevo á decirlo, que hablan tan mal, ó quizá peor que tú. En consecuencia, debes consultar con todo empeño los buenos autores, y sobre todo á M. Harte. No necesito decirte hasta qué punto los romanos y los griegos, particularmente los atenienses, eran escrupulosos en esta materia. Los franceses y los italianos la consideran digna de estudio particular, como lo atestiguan sus actuales academias y los diccionarios que componen para la mejora de sus idiomas. Es menester confesar con sonrojo, que este artículo no se atiende entre nosotros como en los demás países cultos; pero esta no es razón para que tú lo descuides; al contrario, los adelantos que hicieres te atraerán más recomendación. Cicerón dice justamente, que no hay nada más glorioso que aventajar á los otros hombres en aquel mismo artículo que distingue al racional del bruto, *la palabra*.

Una constante experiencia me ha convencido de que la suma pureza del lenguaje, la elegancia del estilo y las gracias de la elocución, cubren multitud de faltas, tanto en un orador como en un escritor. En cuanto á mí, confieso, y estoy seguro de que muchas personas son de mi opinión, que si un hombre viniese musitándome ó tartamudeándome pensamientos angelicales, mezclados de barbarismos, solecismos ó términos vulgares, no me hablaría dos veces si pudiese yo impedirlo. Gana el corazón ó no obtendrás nada; los ojos y los oídos son los únicos caminos que conducen al corazón. El mérito y el saber no ganarán el corazón, bien que asegurarán la conquista cuando se hubiere ganado, y esta es una verdad que te ruego tengas siempre presente. Seduce los ojos con tus modales, tu aire y tus movimientos; deleita los oídos con la elegancia y armonía de tu dicción: el corazón no tardará en ren-

(a) De la misma manera un poeta francés dió mucho que reir por haber dicho:

Il fait le plus beau temps du monde
Pour aller à cheval sur la terre et sur l'onde.

Tr.